

Música en Nueva York

«PUNKS» contra «TRAVOLTAS»

(y otras liberaciones)

ALVARO FEITO

LA música está en todas partes en una ciudad como Nueva York. Cualquier tipo de sonido, a no importa qué hora. En clubs, "pubs", recintos especiales, estadios, salas de concierto... y, sobre todo, en parques y calles. Allí los artistas amateurs se instalan e improvisan una naciente actuación.

En la actualidad, el fenómeno musical "punk", que se inició a mediados de la década, está siendo desbordado y barrido por el mucho más comercial, horterero e integrado "disco", no sin fuertes peleas entre ellos. Combates por encima de lo dialéctico y de lo ideológico: disputas incluso físicas que se traducen en la violenta irrupción de "punkies" en las dis-

cotecas, templos sagrados del "nuevo sonido", donde no se recatan en lanzar huevos contra ejecutantes y perpetradores de la danza inacabable: la fiebre del sábado noche y del resto de jornadas de la semana. El "disco" es el enemigo mortal de los "punks" y, habitualmente, es como para estar de acuerdo con los hijos de Jack Kerouac —que murió en 1969— y hermanos de Sid Vicious, víctima sintomática de la década que acaba y de este su último pedazo.

El ambiente discotequero macarra-travoltiano lo invade todo hoy día; no sólo sus

habitáculos propios, sino también emisoras, hilos musicales, grandes y pequeños almacenes, teatros y, por supuesto, la misma calle, donde los transistores de grandes dimensiones, portados forzada y ostentadamente por voluminosos negros, se encargan de divulgar a los cuatro vientos, con luz o con sombra, el ritmo monótono.

El "disco" guarda poco en su interior de la creación genuinamente racial que produjo el "blues" y el "jazz", ese sabor a protesta vital y estética que hoy se ha difuminado casi por completo. No debemos caer, sin embargo,

en la excomunión eterna y moralista hacia el invento de la "disco music", por castrante, embrutecedor y manipulado que nos parezca. Quizá de aquí pueda surgir algo bueno en el futuro, y, de hecho, alguna estrella actual da muestras de una clase indudable, si acaso mal enfocada todavía. Este sería el caso de Donna Summer, por ejemplo, poseedora de una bella voz y de un estilo interpretativo en la línea de las grandes cantantes negras de la Historia.

Por lo demás, casi todo el mundo hace ahora este tipo de sonido o, al menos, se acercan a él con mejores o peores resultados. Por eso no es de extrañar tampoco que algunos aficionados y críticos sin prejuicios esperen también muy buenas cosas del maridaje entre la "disco" y la música "salsa", dos modalidades de sonido no tan lejanas entre sí, visceral y racialmente primas hermanas. Evidentemente, la "salsa" caribeña tiene hoy día entidad por sí misma y, por cierto, se trata de una de las mejores realidades artísticas del presente, una de las pocas cosas creativas en una escena demasado volcada en explotar los tópicos comerciales de rápido consumo.

Latinos, mulatos, caribeños...

La música "salsa" y todos sus derivados —el "reggae" jamaicano se podría considerar, con ciertos matices, uno de los principales y más innovadores— no es nada nuevo, cronológicamente hablando, puesto que latinos en Nueva York y costa Este, portorriqueños, cubanos, dominicanos, centro y sudamericanos, la vienen ejecutando desde que existen.

En este 1979 con que finaliza una década de escasas y poco originales innovaciones

En el Greenwich Village impera todavía el viejo "folk" en todas sus vertientes.



«PUNKS» contra «TRAVOLTAS»

en el terreno del rock, algunos de los más sabrosos artistas que puedes ver en Nueva York, arriba en el Harlem o abajo en el Village, son "salseros" de tez morena, no profundamente negros en su mayoría, sino de colores achocolatados y terrosos. Habitualmente también despliegan y poseen nombres de relativa, pero inequívoca, ascendencia africana o mediterránea.

Ver, por ejemplo, en un solo programa a los veteranos Mongo Santamaría y Hugh Masekela (que ya vienen desde los años sesenta, el primero con aquel éxito comercial "Watermelon man" y el segundo con su actuación en el festival "pop" de Monterey), así como a sus respectivas - potentes - y - nutridas - bandas, es un espectáculo más digno de admiración que el de muchas jóvenes "estrellas" que apenas tienen nada nuevo que ofrecer. Hay alma, corazón y fuego en esta música, ingredientes que se hacen cada vez menos frecuentes en los estereotipos e imitaciones al uso entre tantas gentes y estilos musicales, hoy día obsoletos o sobrepasados.

Síntomas de liberación

La "brown people" celebra así, entre ligeros movimientos de pelvis, su despertar con conciencia de pueblo y de comunidad. Es posible que haya llegado la hora de su liberación o, al menos, he aquí los primeros síntomas. En este folklore y en todas sus gamas (artesanía, vestidos, manifestaciones populares, teatro, colores, sonidos...) se palpa un aire de libertad y de lúdica alegría, que contrasta así más con la grisácea mediocridad de otras supuestas búsquedas.

Y hasta la mismísima Casa Blanca llegan los sonos de la rebeldía: en la enorme explanada verde que rodea la mansión del discutido y tambaleante Carter se celebran, casi todos los domingos, festivales multitudinarios de



No es cierto que el "Village" haya muerto, ni su espíritu jovial, comunitario y emprendedor.

música caribeña. Los pueblos antillanos y sus descendientes —que, no lo olvidemos, están sometidos en Norteamérica a otras influencias culturales y vitales— en-

sayan el camino del futuro y van confirmando su identidad colectiva. Es de esperar que no quede difuminada e integrada en el "establishment" la poderosa má-

quina que todo lo engulle...

La "new wave", por su parte, tiene aquí menos entidad de la que se le concede en Europa. En América, apelativos semipretenciosos como ése, son más difícilmente asimilados, como no sea tras una larga etapa de "prueba". Por descontado, existen muchos grupos de rock y clubs que se dedican casi por exclusivo a ese tipo de música. Blondie, The Cars, The Tubes y, por encima de ellos, los Ramones, Devo y Graham Parker y The Rumor gozan de enorme reputación en el ambiente, y existen cientos de jóvenes agrupaciones dispuestas a dar el gran salto. El Max Kansas City, donde hoy se venera el recuerdo de la "velvet underground" y Lou Reed, presenta semanalmente un montón de nuevos nombres, a caballo entre la "nueva ola" o el "punk" puro y simple. Pero no parece que muchos de ellos vayan a tener algo que decir realmente, porque el género, si no agotado, si parece al menos hoy en un callejón sin salida.

El viejo "folk"

Pero en el Greenwich Village hay para todos los gustos, y, desde luego, el que impera todavía allí es el del

Santana hoy, como tantos otros, se ve tentado por la "salsa".





Washington Square, centro neurálgico de la afamada, turistizada, bohemia y encantadora zona de músicos callejeros.

viejo "folk", en todas sus vertientes. Porque "folk", y del bueno, es una actuación del legendario "bluesman" John Lee Hooker, veterano (sesenta y tantos años) únicamente cuando no está sobre un escenario, donde es capaz de electrizar a las gentes tanto con sus profundas plegarias como con sus impetuosos "boogies". Un prodigio el saberle vivo y bien.

Y a la categoría real del folklore, género que tantos se empeñan en despreciar-menospreciar, pertenecen también géneros como el "bluegrass" o el "rockabilly", distintos entre

si, pero no tan lejanos en el fondo. De modo que Hank Williams y Elvis Presley están presentes en la mente de muchos jóvenes, de la misma forma que lo están otras formas y otros nombres mucho más contemporáneos: el rock sureño se resiste a morir, por ejemplo, y la reagrupación de los Allman Brothers en el presente año ha contribuido no poco a ello. Sin embargo, sus imitadores no suelen dar la talla.

En la conjunción de las calles Bleeker y McDougal, como en la misma Washington Square, centro neurálgico de la afamada, tu-

ristizada, bohemia y encantadora zona, es frecuente ver todavía músicos callejeros de todo tipo y condición: tríos esforzados de improvisado jazz, pianistas solitarios de más-que-avanzada-edad, cantautores por derecho, aunque escasamente inspirados, y, en fin, cualquier tipo de agrupación que suene, por extraña que parezca.

Recuerdo del "village"

No es cierto, pues, que el "village" haya muerto, ni mucho menos, ni que el

"espíritu" jovial, comunitario y emprendedor de los primeros sesenta haya desaparecido. Y si bien éstos de ahora no son aquellos tiempos, ni siquiera los de la revitalización en la mitad de esta década—cuando reaparecieron allí los Dylan, Ochs, Andersen, Van Ronk, etcétera—, el Greenwich ha sabido mantener, en cierta forma, buena parte del ambiente y, sobre todo, de la esperanza que allí siempre se han engendrado. Un medio de prensa como es el "Village Voice", que ha sobrepasado con mucho la calidad del actual "Rolling Stone", a pesar de sus "tics" radicales y seudoprogresistas, da cuenta semanalmente de la vitalidad del barrio con personalidad y sabor europeo y universal (sus restaurantes, sus calles, sus gentes), pero con un toque específicamente neoyorquino, que acaba de ponerle la guinda al asunto. Los cafés de nombre italiano ("Dante", "Lucca", "Reggio", "Borghia"...), los viejos clubs hoy día transformados o de nuevo nombre ("Folk City", donde el Dylan lo comenzó todo de nuevo; el "Other End", el reciente "Lone Star" o el "Village Gate"), las galerías y salas de arte, las inmensas y especializadas librerías, goce de todo buen amante de la lectura..., en fin, el aire y la atmósfera, todo en el Greenwich hace pensar en el lugar ideal para que algún cambio positivo se produzca en esta América contradictoria, amable y fascinante, por un lado, temible y consumista, por otro.

Y es que en los Estados Unidos todo aparece mediado, manipulado, a poco que te descuides. Lo sorprendente, lo maravilloso e incluso lo esperanzador es que surja tanta posibilidad de disidencia, una forma más de sobrevivir. Que ello se canalice en favor de una vuelta social parece más problemático, mucho más; pero quizá todavía sea posible. ■ A. F.